

furor, muchas criaturas de aquellas pagaron con su vida la necesidad de presumir.

¡Qué gente tan buena traté entonces!. Y toda toledana, de Villaluen- ga de la Sagra, pueblo que ahora tiene mucha vida por la industria del cemento. Y alguna más, que merecería capítulo aparte, natural del mismo Toledo. El pupilaje me lo dieron buscado o se produjo solo en la portería de la Plaza de Herradores, 12, donde iba la patrona de visita como parienta y paisana y yo a darle clase de gramática a Fernando Rey, hijo de la portera y sobrino de Calonge el de la academia de Correos. Ninguna casa puedo recordar más agradable que aquella por- tería que era como la casa de todos, regentada por Felisa, viuda y ma- dre de varios hijos que era como el mazapán de su tierra y que como tantas otras cosas se esfumaron en la vida sin saber cómo ni cuándo ni por qué. ¡Cuánta ignorancia y cuánta inexperiencia de la juventud!

Un recurso necesario en aquella época y común en Madrid y en Alcázar, fué la casa de huéspedes.

La razón de que las hubiera en Alcázar con cierta abundancia era la permanencia en el lugar de los trabajadores solteros que venían de todas las partes a la estación. Los ambulantes, que tampoco escaseaban nunca, se alojaban preferentemente en la fonda o en las posadas. Las fondas eran artículo de lujo y de fama en Madrid la de los Leones, la del Peine, la de la Ursula y la de San Blas, de nuestra Nicomedes, como en Alcázar la de Orsini, cuyo edificio perdura aunque dividido.

La vida errante que circulaba por la Villa se guarecía en estos apo- sentos, tanto si eran princesas altivas como si mozas del partido de las que halló el Caballero Hidalgo en la posada del Puerto.

En Madrid las absorbía en gran proporción la masa estudiantil, pa- gando seis reales de pensión completa y dos pesetas si se comía el cocido como principio. ¡Con cuánto gusto y aun voracidad se ingerían los garbanzos del cocido madrileño hecho con agua de Lozoya!. Alrede- dor de San Carlos y de la Universidad de San Bernardo no había nin- guna casa que no lo fuera de huéspedes. Ni tampoco alrededor de las estaciones, que es lo que pasaba en Alcázar, cuyo barrio de la Estación cumplía estos menesteres como era su deber con las consecuencias a que hubiera lugar, sobre todo en el terreno de la galantería, de cultivo continuo aquí y allí.

Muchas personas de las provincias próximas a Madrid y aún de las más lejanas, se iban a vivir a la Corte contando como base para su propio sostenimiento con la asistencia a los viajeros de su tierra y a cualquier clase de huéspedes que surgieran. El recurso era fácil y el ejemplo cundía porque muchas veces era suficiente y cuando no del todo constituía buena ayuda para sostenerse mientras se allegaban otros ele- mentos de subsistencia. En Alcázar tuvieron pupilos muchas casas y bastantes familias residentes aquí por traslados ferroviarios, se afian- zaron por este medio cuando en el curso de su estancia les alcanzaron desgracias de viudedades, orfandades o incapacidades, porque el am- biente de vida, más industrial que agrícola en el barrio de la Estación, lo permitía así.

Era natural que como pasa siempre en la vida, esta convivencia engendrara rozamientos y diera lugar a incidentes de toda índole más o menos sonados. La mucha mezcla y a lo mejor también la abundancia, hizo que el habla del Cristo no fuera del todo clara ni lúcidos del todo sus